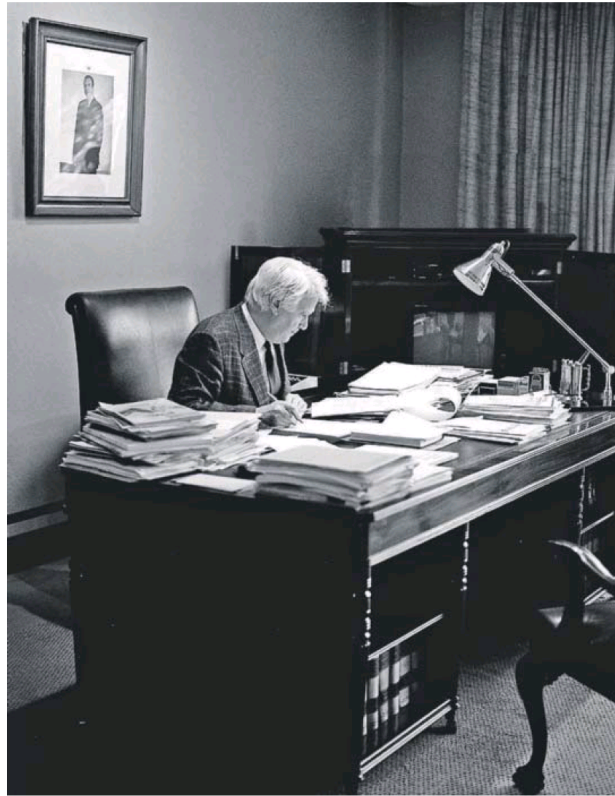


LECTURA

La aventura europea de Jorge Semprún

La obra y la vida del intelectual y político, de quien mañana se celebra el centenario, se funden con la historia del continente



POR ANDREA AGUILAR Y JORDI AMAT

España ostentaba la presidencia de turno del Consejo de la UE por primera vez y Jorge Semprún era ministro de Cultura, desde hacía unos meses, en el gobierno presidido por Felipe González. Ese día pidió la palabra en el Congreso de los Diputados para exponer las directrices de su ministerio en el contexto de esa presidencia.

Semprún empezó su discurso exponiendo cuál era su idea sobre el proceso de integración política de España en la Europa comunitaria y, a la vez, reflexionó sobre las transformaciones que podían producirse en Europa como consecuencia de los cambios que habían arrancado en los países del bloque soviético. Era el año 1989, Václav Havel estaba encarcelado y se cumplía medio siglo del fin de la guerra civil española.

Uno de los primeros actos de esa conmemoración se había celebrado

en Collioure ante la tumba de Antonio Machado. En el sur de Francia, Semprún había reivindicado los valores democráticos de la República y el exilio. Recordó aquellas palabras ante los diputados que lo escuchaban. Volvería una y otra vez a ese lugar de memoria durante aquel año.

Semprún pensaba la Euroa que había vivido desde la adolescencia con máxima intensidad. Argumentaría que el significado perenne del Machado desterrado era una aportación española a "la figura espiritual de Europa", un concepto articulado por Edmund Husserl antes del inicio de la II Guerra Mundial que obsesionó a Semprún. Era un desafío existencial imaginar cómo Europa debía contarse a sí misma, tras el colapso comunista, para reconstruirse y reivindicar sus raíces en la tradición ilustrada.

Ese era el reto intelectual y político en aquel momento de esperanza en 1989: cómo integrar, cómo unir el continente que esa guerra desgaró, un conflicto que marcó la vida de

Jorge Semprún, en su despacho del Ministerio de Cultura, en 1989. ALEJANDRO CABRERA (ALBUM)



- 1. Madrid
- 2. Biarriou
- 3. La Haya
- 4. París
- 5. Borgoña
- 6. Compiègne
- 7. Buchenwald
- 8. Suiza
- 9. Praga
- 10. Bucarest
- 11. Salzburgo
- 12. Salónica

Semprún, como la de millones de europeos.

El momento hoy al cumplirse el centenario de Semprún es otro y, sin embargo, las palabras que pronunció en 1992 en Viena, cuando ya no era ministro, este europeo criado en España, Holanda y Francia, que con apenas 20 años salvó la vida en Buchenwald por hablar bien alemán, que escribió casi la totalidad de sus libros y guiones en francés, y cuyo compromiso con la causa comunista le llevó recorrer el bloque del Este, mientras actuaba como jefe comunista clandestino en la España franquista, mantienen su vigencia. "En la Europa actual, al margen de todos los problemas vinculados a la agudización de los nacionalismos, a la expansión renovada del imperio ruso bajo su forma soviética, resulta evidente que la idea capital que el anciano filósofo expresaba patéticamente en 1935 en Viena comienza a cobrar forma, a cobrar cuerpo". El aliento del filósofo Husserl sigue sin perder fuerza.

A cada paso, en las ciudades en las que vivió, en los lugares que recorrió, la historia del continente se cruzó con la vida de Jorge Semprún, un hombre de acción, un estudiante de filosofía, que en el campo de concentración de Buchenwald se encontró, según explicó muchas décadas después, con su primera experiencia paneuropea, con deportados de todos los territorios del continente. También allí afianzó su compromiso con la causa comunista que marcaría las siguientes décadas de su vida. Después de Buchenwald sintió que no podía escribir sobre todo aquello sin hundirse y se volcó en la política: la literatura era memoria, mientras que la acción política era puro presente.

Entre la escritura o la vida, primero, optó por la segunda. Son los años de vida clandestina e identidades falsas. Es Federico Sánchez. Pero cuando aún seguía siendo dirigente del Partido Comunista de España, abrió una nueva etapa con su inolvidable ópera prima *El largo viaje* (1963), ese libro que arrancó en Madrid, escribió en francés y le valió un legendario premio Formentor que le fue entregado en Salzburgo por un distinguido grupo de editores europeos, apenas unas semanas después de haber sido expulsado en Praga del PCE.

Protagonista de la novela apasionante de su propia vida, Semprún es



Visualiza en elpais.com el interactivo *La aventura europea de Jorge Semprún*

capaba de quedar encajado en un personaje.

Su reflexión sobre su identidad, el espacio y el tiempo le permite crear una potente cartografía en sus libros y guiones. Los primeros los edita Tusquets, la mayoría de sus películas pueden verse en Filmin. Es un corpus con varias obras maestras, como *La escritura o la vida* o *Adiós, luz de veranos...*, como *Z* o *La confesión* dirigidas por Costa Gavras e interpretadas por su amigo Yves Montand.

Semprún es el siglo XX europeo porque vivió y pensó la experiencia límite que lo define. Hay un olor, el del crematorio de Buchenwald, que le marca y le persigue como ningún otro, pero en Semprún las magdalenas de Proust son esquinas, direcciones concretas, ciudades, parques, trenes que atraviesan el paisaje, y lecturas, porque una y otra vez evoca poemas aprendidos de memoria, libros cargados en su mochila en la resistencia, y textos de filosofía que le marcaron como estudiante. Sus historias encuentran eco, estructura y coherencia en esas otras fuentes que subrayan los guños trágicos del destino, y que nunca doblan el impulso arrolladoramente vital que tiene Semprún en sus libros. Se aceptó como personaje y se volcó hacia afuera, plenamente consciente de la mirada del otro, pero sin que esto le impidiera sentirse absoluta y radicalmente libre. Crea un juego de espejos, que oculta y muestra, con el que seduce al lector y obsesiona a sus biógrafos.

El desafecto a la figura de Semprún en España es algo con lo que convivió, y que nunca le frenó. No faltaban quienes le acusaban de ser un simple burgués de buena familia, tampoco quienes no acababan de digerir que aquel Federico Sánchez, que armó en la clandestinidad el PCE y su oposición a Franco, mostrara su fuerte desafecto ideológico hacia el comunismo y denunciara los excesos como un fallo estructural imposable de soslayar. Quiénes se preguntan por qué sobrevivió una y otra vez; quienes no acababan de verle suficientemente español para ser ministro (el único exiliado que regresó para ocupar una cartera); quienes no entendían que pusiera por encima de todo su sentido radical de libertad e independencia; quienes no lograban conciliar que tuviera esa apabullante seguridad en sí mismo.

Al contarse y contar la vida de los otros, muchos de ellos víctimas, ya sea en Madrid o Praga, en La Haya o en Grecia, en libros o en guiones, Semprún revive la figura espiritual de Europa que él mismo fue y que, al madurar durante décadas la experiencia de Buchenwald y la de la militancia comunista, acabó siendo indisoluble de la mejor tradición democrática de nuestro tiempo. En Biarriou, "patria de los apátridas" según dijo, queda un monumento en su recuerdo.

“En 1945 me encontré ante la tesitura de tener que escoger entre la escritura o la vida”
Jorge Semprún